

En el reborde de la caverna superior apareció una línea brillante.

Eran centenares de fusiles que les apuntaban.

Los que llevaban las antorchas sólo tuvieron tiempo de arrojarlas á tierra para apagarlas.

Una terrible explosión tuvo lugar, seguida de gritos de angustia. Luego el silencio.

Los soldados del rey buscaban donde ocultarse ó salvarse.

La mayor parte se formaban un parapeto con los cadáveres.

En medio del silencio se oyó una voz que decía:

—El consejo del carbón y el hierro ha condenado á muerte á Giulio Doria de Angri, marqués de Malatesta, á Domenico Sampieri, á Vespuccio Doria, á Vicente Pitti, á Benedetto Marescalchi, Ziani, Colonna y Gravina... que mueran.

Una gran llama atravesó el espacio.

Era un globo de fuego que fué á caer en el centro de la caverna inferior y que lanzó un vivo resplandor.

Inmediatamente resonaron siete disparos de carabina.

Malatesta y sus compañeros habían sucumbido.

Eran las once de la noche. La muchedumbre que hace poco llenaba la avenida di-Porto acababa de dispersarse.

En las calles reinaba ya el silencio y la soledad.

Mariotto el improvisador regresaba á su vivienda.

Mientras caminaba iba contando su dinero.

Dos ó tres veces creyó oír tras de él pisadas que resonaban en el empedrado de lava.

Volvióse y no vió nada.

Para llegar á su casa debía cruzar las ruínas de Castello-Vecchio recientemente incendiado.

Habíase puesto una tabla para pasar el foso

del norte, el cual era un verdadero precipicio cortado en la roca.

Antes de pasar este puente peligroso, el prudente Mariotto volvióse á mirar.

Crejó ver una sombra que caminaba á lo largo de las casas.

Pero como la sombra estaba aún lejos, dijo para sus adentros:—¡Aun tendré tiempo de pasar!

Al hallarse en el centro de la tabla, la sintió girar de repente.

Mariotto hizo la señal de la cruz, exhalando un grito de angustia.

A sus espaldas una voz dijo:

—El señor Johann Spurzeim ha oído hablar de ti, Mariotto.

—¡Piedad!—gritó el desgraciado perdiendo el equilibrio.

—Sabes historias demasiado interesantes, Mariotto—prosiguió la voz;—Dios te tenga en su gloria: yo hago lo que se me manda.

La tabla giró. En el fondo del foso oyóse un ronco alarido; luego las tinieblas permanecieron silenciosas.

XIII

Al aceño

El señor Johann Spurzeim estaba durmiendo en la alcoba de su casa, situada en la plaza del Mercato que ya conocemos. Aun no se había trasladado al palacio de los ministros de Estado, que debía ser en adelante su morada oficial.

Hallábase muy bien en aquella casa oscura y barrio lejano. Debía aún disponer ciertas particularidades que requerían poca luz.

Al resplandor de la lamparilla era fácil distinguir cerca de su faz terrosa la cabeza negra y

peluda de un perrito de casta inglesa, enteramente parecido al que había estrangulado Bárbara en su última convulsión.

En el aposento no se notaba cambio alguno. El mismo sillón en que acostumbraba sentarse primero Bárbara y después Pedro Falcone, continuaba al pie de la cama.

El cordón correspondiente á la campanilla del piso superior, pendía igualmente al alcance de su mano. Pero ni Bárbara ni Falcone se sentaban en el sillón.

Al sonar la campanilla tampoco parecían ni Pri-vato, poeta infortunado, ni el dulce tenor Beccafico.

Si en los objetos que rodeaban al señor Johann Spurzeim nada cambiaba, el personal de sus amigos y servidores se renovaba mucho y con frecuencia. Pronto se cansaba de sus servicios.

Antes de Pedro Falcone había tenido otros confidentes y muchos otros favoritos. Después del doctor contaba tener aún más.

Por de pronto, los sucesos recientes galvanizaban su debilidad. Desde dos días á esta parte podía levantarse y dar algunos pasos por el aposento. Indudablemente había mejoría, y el señor Johann Spurzeim, exagerando esta tregua de la enfermedad, no estaba lejos de considerarse como uno de los hombres más sanos y robustos de las Dos Sicilias.

Todo iba de bien á mejor. Había destruído ó alejado á sus enemigos, y el rey no veía sino por sus ojos. Nápoles no había visto jamás valido alguno armado de semejante poder ministerial.

Sin embargo, estas brillantes victorias se pagan siempre á costa del reposo. Antes, este honrado Johann, como todas las buenas conciencias, gozaba al menos de un sueño tranquilo. Aquella noche la fiebre le agitaba, y sus disecados miembros

se estremecían bajo el cobertor. Hablaba en sueños, y al resplandor vacilante de la lámpara que se extinguía, podían verse gotas de sudor en sus sienas.

—Sí, Bárbara, sí, mi buena y querida compañera—murmuraba pensando engañar á los muertos; —ese infame siciliano tiene la culpa de todo. ¿Por qué le dispensaste tanta confianza? Pero bien castigado está, Bárbara, mi idolatrada esposa... le han matado allá en el monte... ya no envenenará á nadie.

Johann Spurzeim tenía una carta abierta sobre el velador.

Esta carta contenía una parte de los detalles dados por el pobre improvisador á su auditorio de la avenida di-Porto.

Johann no ignoraba, por consiguiente, todo lo que había pasado en el monte.

Estremecióse muchas veces durante su sueño.

—¡Déjame, Bárbara, déjame!—profirió con voz alterada por el terror.

Luego repuso respirando con fuerza:

—Esa María que detestabas porque era bella y había usurpado tu puesto y felicidad, será mi esposa para vengarte.

Sin duda la visión había desaparecido, porque pareció más tranquilo y se calló.

Tan sólo se le oía murmurar con voz apenas inteligible:

—¡Siete días!... ¡siete días ya han pasado!

En seguida cambió de sueño y volvió á agitarse.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé!—exclamó con ronco acento,—no todos han partido... trabajo tengo en buscarlos; se ocultan debajo la tierra... han amenazado al rey... me han amenazado á mí... ¡Allí están... siempre... siempre!...

El reloj de encima de la chimenea tocó las tres de la mañana.

Como si las últimas palabras de Johann hubiesen evocado fantasmas, la puerta que comunicaba con el gabinete de labor de Bárbara de Monteleone, abrióse sin ruido, saliendo del corredor dos hombres que llevaban un bulto voluminoso.

Estos dos hombres tenían la cara cubierta con un pedazo de tafetán negro.

Detuviéronse y pusieronse á escuchar.

—Duerme—dijo uno de ellos.

No nos hubiera sido difícil conocer aquella voz chillona de contralto.

El señor Johann tenía razón: «¡No todos habían partido!»

El segundo desconocido hizo seña al primero para que callase.

Y aplicaron un objeto á la pared.

Era un cuadro.

Los resplandores indecisos de la lamparilla alumbraron vagamente las facciones pálidas y regulares de un rostro de mujer.

Luego que el cuadro estuvo colocado, los dos hombres desaparecieron. Se hubiese podido oírlos reír en el corredor.

Johann ya no hablaba; el perro se había escurrido bajo el cobertor.

La lámpara se extinguía. Cuando despidió el vivo resplandor que precede á su fin, el austero semblante de Bárbara Spurzeim pareció destacarse de la tela.

Al amanecer, el señor Johann se despertó.

Creyendo soñar todavía, se restregaba los ojos.

El retrato de su esposa muerta había abandonado el gabinete de labor para trasladarse á su aposento. Debía haber en ello brujería.

Pero el día iba avanzando y Johann cobraba valor á la luz del sol.

—¡Allí están!—murmuró como cuando soñaba; —siempre allí... pero yo soy más fuerte que ellos

Á medida que aumentaba la luz, Johann distinguía una línea blanca debajo del retrato.

Poco á poco conoció que la línea estaba formada de letras. En seguida éstas pudieron leerse.

La línea blanca llevaba escritas las siguientes palabras en lenguaje del Silencio:

H²O AA⁵EN A⁵A⁴OL²A⁵T³ RI² MI²DOI²T²E²ENA⁴A⁵

Habitado Johann á la lectura de estos caracteres, profirió con voz trémula:

«¡Hoy es el día séptimo!»

Luego añadió para sí mismo, estremeciéndose:

—¡He soñado que había pasado!

Y agitó violentamente el cordón de la campanilla.

El techo se abrió como otras veces.

—¿Qué hay de nuevo, Chiappolo?—preguntó.

—Nada, Excelencia—respondió el sucesor de nuestro amigo Beccafico.

Al mismo tiempo descendía la tablita que contenía la correspondencia.

Johann abrió la primera carta que le vino á las manos. Sólo contenía estas palabras:

«Hoy es el día séptimo.»

—¡Oh! ¡oh!—dijo sonriendo con desdén;—esas buenas gentes pretenden intimidarme con este juego... ¡Trabajo perdido, hijos míos, trabajo perdido!... En vano os afanáis por imitar la letra de la pobre Bárbara... así como los muertos no hablan, tampoco escriben.

De repente se interrumpió y sus huesos crujieron; ¡tan violento fué su sobresalto!

Una voz había murmurado junto á las cortinas:

«¡Hoy es el día séptimo!»

—¿Lo has dicho tú, pícaro de Chiappolo?—exclamó.

—Yo, no señor—respondieron del piso superior.

—¿Y no has oído nada?

—Nada, señor.

Johann hizo un esfuerzo para serenarse, pero estaba conmovido. Su voz tembló cuando dijo á su interlocutor invisible:

—Decid al señor Aurelio Caffarelli que se me presente inmediatamente.

La tablita ascendió y cerróse la trampa.

No es costumbre introducir nuevos personajes en los dramas cuando están cerca del desenlace; pero nosotros, como el señor Johann Spurzeim, debemos reemplazar los servidores que desaparecen. Chiappolo ocupaba el puesto de Beccafico.

Aurelio Caffarelli llenaba las funciones del doctor Pedro Falcone.

Caffarelli entró al cabo de algunos minutos.

Era aún joven, pues Johann no gustaba de vejestorios, pero además era noble, pues Johann había cobrado afición á la nobleza.

Aunque alto y de fuerte complexión, en su rostro aparecían las huellas de una vida licenciosa; el señor Johann siempre echaba mano de hombres á quienes pudiese tapar la boca con sus propios vicios, como con una mordaza de hierro.

Johann había escogido éste con particular cuidado. La empresa actual era ruda y difícil. Entre los jóvenes depravados de la nobleza napolitana, Aurelio Caffarelli era quizá el único que convenía perfectamente al señor Johann Spurzeim.

Para ello existían dos razones:

La primera que Caffarelli, á pesar de hallarse arruinado, había conservado cierta altivez y continuaba rozándose con los primeros personajes de la corte.

En segundo lugar, Caffarelli estaba enamorado de Angélica Doria, enamorado sin esperanza, es verdad, pero la esperanza que se hace renacer á propósito es la más poderosa palanca que puede emplear la intriga.

Johann estaba satisfecho de Caffarelli.

Le consideraba como un caballo espantadizo que aun no está domado.

Pero crefáse un jinete bastante hábil para dominar los arranques de este caballo fogoso.

—Y bien, caro Excelencia—dijo Caffarelli al entrar, y con acento desenvuelto,—¿cómo vamos de salud esta mañana?

—Sentaos, Aurelio—replicó el ministro de Estado;—tenemos que trabajar mucho... Desde luego os prevengo que hoy es el día destinado para rehabilitar vuestro nombre y fortuna.

—Querido señor—respondió Caffarelli recostado negligentemente en el sillón;—mi fortuna tiene gran necesidad de ser rehabilitada... tanto más cuanto ayer noche perdí dos mil ducados en la embajada de Toscana; pero yo no sé que haya rebajado nunca mi nombre.

Y cruzó sus piernas una sobre otra fijando su mirada atrevida en el ministro de Estado.

—¡Dos mil ducados, hijo mío!—dijo éste último; —¿y cómo los pagaréis?

—Cuento con Su Excelencia.

—¿Conmigo?... ¿Y á título de qué?

Caffarelli bajó los ojos y casi se ruborizó.

Conociáse claramente que las palabras que iba á pronunciar le humillaban de antemano.

—En calidad de amigo—replicó.

Johann se sonrió.

—¡Trinidad santa!—exclamó,—hé aquí un honor al cual estaba lejos de aspirar el pobre Johann Spurzeim... La amistad del noble Aurelio de Caffarelli, conde, vizconde, barón... Verdad es que sin condado, sin vizcondado, sin baronía... y el más orgulloso holgazán que haya pisado en diez años la calle de Toledo.

Aurelio se levantó con los labios crispados y las cejas arrugadas.

—Sentaos—dijo Johann severamente,—si tomáis ese aire de matachín, dudo que podamos hacer nada de provecho en favor vuestro, hijo mío.

—Por san Jenaro...—empezó el noble ofendido.

—¡Haya paz!—interrumpió Johann.

Y como Aurelio abriese aún la boca:

—Haya paz os digo—repitió Spurzeim,—ó volvéis á ser ahora mismo el Caffarelli de la semana pasada, arruinado, perdido, no pudiendo tan siquiera vender su alma al diablo.

—¿Y si callo?—preguntó el noble con cínica sonrisa.

—Yo haré—repuso Johann fijando sus ojos en los suyos,—que el diablo os compre á buen precio. Aurelio se serenó.—Veamos el precio—dijo.

El ministro de Estado repuso:

—Vos tenéis un primo que es arcediano de la catedral; es necesario que esta noche misma me case con María de los Amalfi, condesa de Monteleone.—Mi primo no querrá—objetó Caffarelli.

—Sin embargo, es necesario que quiera... Vuestro primo obtendrá la primera mitra vacante.

—¿Y yo?—preguntó Caffarelli cuadrándose.

—Vos tendréis vuestro antiguo palacio de Sorrento y la quinta Maffei... Yo conozco además una fortuna con la cual puede un hombre jugar toda la vida, perdiendo siempre, sin arruinarse nunca.

—¡Bella fortuna, Excelencia! En Nápoles sólo hay una parecida: la del conde Loredano Doria, mi primo.

—¡Y qué! ¿No continuáis aún enamorado de su hermana?—exclamó Johann con malicia.

Los ojos de Caffarelli brillaron, luego se bajaron, en tanto que su frente se cubría de súbita palidez.

—¡No hablemos de eso, señor!—murmuró el noble con voz alterada;—¡no hablemos de eso!

Al propio tiempo se levantó, y después de haber cruzado el aposento abrió la ventana.

La ventana daba á los jardines.

En éstos había un gran plátano cuyas ramas dominaban la casa. El tronco inclinado se apoyaba tan cerca de la ventana, que podía tocarse extendiendo la mano. Johann seguía á Caffarelli con mirada fría y burlona.

—¡Este también caerá en mis redes!—pensaba.

Aurelio sacó la cabeza fuera de la ventana; su frente quemaba; el jardín estaba desierto.

Johann continuó en alta voz:

—¡Es particular, amigo! Las dos más bellas cosas que existen en Nápoles, la fortuna de los Doria y la mano de Angélica son inseparables. No se puede conquistar la una sin la otra. Pero yo soy bastante poderoso para dar las dos al que me sirva fielmente.

Caffarelli se volvió con vivacidad.

—¡Por mi alma!—respondió entre dientes,—creo que no me conocéis bien, Excelencia. Las chanzas conmigo son peligrosas.

—¿Para qué me había de chancear con vos?—dijo Johann tranquilamente;—os propongo un negocio en que los dos ganamos. Vos más que yo, pero es justo, porque también sois más pobre... Respondedme seria y francamente: ¿queréis casaros con Angélica Doria?

Caffarelli no halló palabras con qué responder. Sus manos se juntaron á pesar suyo; la pasión sobrevivía en aquel corazón estragado.

Mientras Johann aguardaba la respuesta, el follaje del gran plátano se movió produciendo un ligero ruido.

El ministro de Estado y su compañero fijaron sus ojos á la vez en la ventana.

—¿El viento?...—dijo Johann cuya fisonomía parecía suspicaz é inquieta.

—No—respondió Caffarelli;—la tierra tiembla hoy en torno del Vesubio.

Johann quedó satisfecho de esta explicación y serenósele el semblante.

—Creo comprender—repuso el ministro de Estado,—que he hecho vibrar las cuerdas sensibles de vuestro corazón. Vos podéis ser feliz, Aurelio Caffarelli; y supuesto que mis primeras palabras os han ofendido, modifico la pregunta y os digo: ¿qué es lo que haríais por conseguir la mano de Angélica Doria?

—Todo—respondió el noble sin vacilar.

—Está bien... sentemos primero los hechos. Existe un odio mortal entre Loredano Doria y ese joven que llaman ahora el conde Giuliano de Monteleone.

—¿Acaso no tiene derecho á llevar ese nombre?

—Poco nos importa... porque hoy debe morir. Aurelio se estremeció en su sillón.

—Vos estáis interesado en ello—prosiguió fríamente Johann;—Angélica Doria le ama. Pero no debe morir solo; necesita un compañero y este es Loredano Doria.

—¡Loredano!—repitió Caffarelli con manifiesta repugnancia.

—También estáis interesado en ello—repitió Johann con el mismo acento glacial;—el conde Loredano no os concedería nunca la mano de su hermana... ¡Pero no vayáis á formar cábalas, amigo! Sólo se trata de un desafío... Hace seis días que media una barrera entre estos dos campeones que se buscan; hoy caerá la barrera; esto es todo.

—Pero si es por una mala inteligencia—dijo Caffarelli,—bastará una palabra para disipar su odio.

—Precisamente para impedir esta explicación tengo necesidad de vos, amigo—dijo Johann.

De las altas ramas del plátano cayeron algunas hojas secas.

Johann lanzó hacia este lado una mirada distraída.

El huracán, que había cedido algo al amanecer, recrudeció otra vez. Johann prosiguió:

—¿Habéis conservado relaciones con Loredano Doria?

—Relaciones de corte, sí.

—¿Y con el conde Julián de Monteleone, no habéis trabado amistad?

—Sí, por cierto, es el ídolo del día.

—Pues bien, Loredano cree que Julián ha robado á Angélica, ¿no es esto?

—Así se dice.

—¿Y Julián está convencido de que Loredano ha robado á Celestina?

—A lo menos, tal es el rumor público.

Johann sonreía.

—¿Qué se ha de hacer para ponerlos en movimiento?—repuso;—denunciar á Loredano el retiro de Angélica, y á Julián el lugar donde está Celestina... Como el retiro de Angélica y el de Celestina están en el mismo lugar...

—¡Vive el cielo!—interrumpió el noble;—hé aquí una infernal concepción.

Johann se frotó las manos como si se le hubiese dirigido una lisonja.

—Veo que lo habéis comprendido, amigo—le dijo.

—En flagrante delito,—añadió Johann alegremente.

—Comprendo que al encontrarse los dos—replicó Aurelio,—ambos exclamarán: «¡Hé aquí el raptor!»

—Comprendo—continuó Caffarelli,—que si los dos tienen espadas...

—¡Ah!—exclamó el ministro de Estado;—esto es lo principal, ¡deben tener espadas!

Desde algunos segundos tenía lugar un hecho verdaderamente extraño frente á la ventana. El

gran plátano no se movía ni dejaba caer sus hojas secas, pero se deslizaba algo lentamente á lo largo de su tronco.

A cierta distancia parecía un gigantesco gusano de forma humana, pues era poco probable que un hombre se deslizase así por la corteza lisa de un árbol con la cabeza hacia abajo.

Desde el aposento de Johann no podía distinguirse aún aquel insecto colosal ó aquel mono de especie desconocida cuya cabeza estaba sobre el nivel superior de la ventana.

Llegado allí, cesó de descender. Durante algunos minutos permaneció completamente inmóvil. Luego su cabeza, que estaba como pegada á la corteza, mostrando sólo sus cabellos desgrefiados, separóse suavemente de ella.

La fisonomía de nuestro buen camarada Cucuzone, inflamada por la posición violenta que guardaba, apareció entre los mechones colgantes de sus cabellos. Su vista y oído estaban en acecho.

El sonido sube; así Cucuzone había podido oír la última parte de la conversación que acabamos de transcribir.

Pero se detuvo en el momento en que Johann decía: —¡Deben tener espadas!

Cucuzone sostuvo su posición cerca de diez minutos. Para ello era necesario ser Cucuzone.

En estos diez minutos oyó las últimas instrucciones que el ministro de Estado dió á su nuevo factotum.

Aurelio Caffarelli debía trasladarse primero al palacio Doria, después al antiguo palacio Coriolani ocupado por Julián de Monteleone. Igual misión llevaba para Julián que para Loredano. Ni siquiera había de avivar su odio.

Los dos buscaban á su hermana. Tratábase solamente de decir á cada uno de ellos: Vuestra hermana está en tal lugar, y proporcionar á ambos

el medio de burlar la vigilancia de la policía particular del rey, quien quería impedir la ocasión de un choque.

Tratábase en fin hacer de manera que Loredano y Julián estuviesen armados.

Aurelio Caffarelli se encargó de obtener este triple resultado. Johann había resumido la situación en estas palabras:

—En tanto que viva uno de los dos, habrá un obstáculo insuperable entre vos y Angélica.

Aurelio salió del aposento de Johann á las diez de la mañana, prometiendo volver en cuanto hubiese evacuado los referidos asuntos.

En el instante en que la puerta se cerraba tras de él, Johann experimentó como una especie de deslumbramiento. Vió una masa sombría que se deslizaba á lo largo del árbol con la rapidez de una piedra que cae.

Por de pronto cesó de restregarse las manos.

En seguida se puso á temblar, porque acababa de oír ese grito particular del cual hemos hecho mención tantas veces.

Cucuzone atravesaba las calles de árboles y las espesuras sobre las manos, los pies, la cabeza, trabajando gimnásticamente con todo regocijo. Y es que este buen muchacho estaba tan contento como el sabueso cuando encuentra el rastro.

Llegado al muro del jardín, tomó carrera y alcanzóle de un salto.

De otro salto bajó á la calle.

Al llegar á la plaza del Mercato, vió en el umbral de la casa de policía á Aurelio Caffarelli, que buscaba con la vista un carruaje.

Cucuzone hizo una seña. Un robusto mozo de anchas espaldas que ocupaba el pescante de un coche y que ocultaba su rostro bajo un sombrero de alas anchas, puso inmediatamente sus caballos al trote.

Otros dos ó tres carruajes hicieron lo propio, pero el cochero amigo de Cucuzone les dijo tranquilamente:

—¡Quiero este caballero... al primero que se mueva, le aplasto!

Sus rivales se detuvieron y volvieron grupas.

Algunos dijeron:

—No se pueden gastar chanzas con ese brutal Ruggieri.

Aurelio no tenía que elegir: así subió al carruaje conducido por Ruggieri. Cucuzone saltó detrás.

Serían las tres de la tarde cuando el coche volvió á la plaza del Mercato.

Aurelio Caffarelli bajó de él para dar cuenta á Johann del resultado de su misión.

—Al anocheecer—dijo al entrar en el aposento donde le aguardaba el ministro de Estado,—Loredano Doria y Julián de Monteleone se hallarán en la parte superior de las Camaldulas..

—¿Armados?—preguntó Johann.

—Armados—respondió el noble.

—¿Y se han tomado todas las medidas para que queden allí los dos?

Aurelio se inclinó en silencio

—¡Enhorabuena!—exclamó Johann;— hoy me siento fuerte como un hércules... quiero ver esto... sí... quiero verlo.

Y mandó que le preparasen su silla portátil, diciendo al mismo tiempo:

—¡Cómo progreso en salud!... ¿y no viviré más que un siglo?

Mientras se preparaba la silla del señor Johann, el coche conducido por Ruggieri se dirigía al galope por el camino de las Camaldulas.

Cucuzone había cambiado de puesto. Dejando el asiento de atrás, instalóse en los almohadones del interior, donde dormía el sueño de la inocencia.

La viuda de Monteleone y la centenaria de la casa de los Folquieri, eran dos locas que la una guardaba la otra.

La ancianidad y acaso los remordimientos habían obscurecido desde mucho tiempo la inteligencia de Berta Giudicelli.

María de los Amalfi había también perdido la razón en la quinta Floridiana en el momento en que la evidencia la obligaba á denunciar al príncipe Coriolani, hacia quien la impelía su corazón, como el asesino de Mario Monteleone.

Desde entonces, el señor Johann Spurzeim no se atrevía á arrostrar su presencia, pues creía en el principio sentado por el doctor Daniel de que «la locura se acuerda de la locura.»

Pero este temor no le hacía renunciar á sus designios; en Nápoles los matrimonios religiosos tienen fuerza civil.

Nadie había visto á María de los Amalfi desde la escena de la quinta Floridiana; por consiguiente nadie podía decir: tal día y á tal hora la viuda de Monteleone estaba demente.

El sueño de ambición de aquel hombre contra el cual todo conspiraba, hasta su salud, iba á verse realizado. La partida de matrimonio haría fe.

Algunas horas más, y aquel hombre, ya favorito de un rey, iba á ser á la vez el heredero del más alto título de Nápoles y de las dos más grandes fortunas reunidas de Italia.

Precisamente para ello, guardaba en su poder á María de los Amalfi y á la vieja Berta, su compañera.

El señor Johann estaba exento de todo vano es-